Reinventando la India. Sobre *La India contemporánea*, de Amartya Sen

(Gedisa, Barcelona, 2007)

Santiago Álvarez García

Donde la clara corriente de la razón no ha perdido su rumbo
en las monótonas arenas desérticas del hábito estéril;
Permite, Padre mío, que mi país despierte en ese edén de libertad.

Una poderosa intuición atravesaba el discurso con el que Jawaharlal Nehru, en la medianoche del 15 de agosto de 1947, se dirigía a la asamblea y, a través de la radio, a millones de indios esperanzados y jubilosos: "Hace muchos años fijamos una cita con el destino; ahora llega el momento de cumplir nuestra promesa (...). Cuando suene la hora de la medianoche, mientras el mundo duerme, la India despertará a la vida y a la libertad". La estabilidad del futuro de la India y su democracia solo se alcanzarían rescatando de su olvidada historia y su denostada tradición las raíces democráticas silenciadas durante tanto tiempo por la devastación intelectual producida por el colonialismo y su infame ejercicio, que encerró al país en un anquilosado arquetipo atemporal, en el que la religiosidad, la mística y la espiritualidad se establecieron como señas de identidad y orgullo de un pueblo que acabaría por identificar lo genuinamente indio con aquello que se desmarcaba de lo "presumiblemente" occidental, hasta acabar convirtiéndolo en un elemento de lucha y afirmación contra la metrópoli, desterrando de la dignidad india su pasado más racional y argumentativo.

El presente conjunto de ensayos fundamentales supone el compromiso con la continuidad de aquella "tarea por delante" que es la democracia. Cada uno de los textos de Sen acerca de la tradición argumentativa de la India y sus usos heterodoxos, seculares y democráticos es la confirmación de que la estabilidad de la democracia exige una revisión constante de la historia, un debate continuo y plural en el que todos los estratos hagan uso efectivo de la voz, una interacción de ideas a través de la cual se generen valores capaces de

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, Nº 20. Segundo semestre de 2008. Págs. 222-227.

conquistar nuevos espacios para la libertad. El punto de vista argumentativo desde el que Amartya Sen propone su análisis del pasado indio y su crítica feroz a las deformaciones malintencionadas del mismo, no sólo sirven para restaurar la imagen de una India castigada por los mitos imaginarios que aún tergiversan la realidad del país, sino que ofrecen las herramientas intelectuales necesarias para combatir las amenazas que actualmente asedian al subcontinente y al resto de las democracias del mundo: el fanatismo religioso, el multiculturalismo simplista, la eliminación de la autonomía del individuo en la identidad preestablecida del grupo, los nacionalismos cortos de miras y el aislacionismo al que van asociados, y la deformación intencionada de la historia.

La conexión capital que existe entre democracia, debate público y razonamiento interactivo, la comprensión de que éstos son sus rasgos definitorios más allá de la mera institucionalización de elecciones periódicas, constituye el supuesto básico necesario para adentrarnos en el rastreo histórico que supone el texto, la certeza cardinal que nos permite iniciar una búsqueda por las raíces globales de la democracia y seguir, en el caso de la India, el itinerario que Amartya Sen propone.

La defensa del debate como medio del progreso social de los primeros "consejos budistas", y en particular del organizado bajo el auspicio del emperador Ashoka en el siglo III de nuestra era, con su codificación y difusión de las reglas para el mismo –que exigían la moderación en la exposición y el respeto por las demás posturas–, así como la búsqueda de la razón en contra del respaldo de la tradición a la hora de abordar los arduos problemas de la armonía social, defendida por el emperador mongol Akbar, demuestran, según Sen, que el compromiso indio con el régimen democrático no es únicamente el mero efecto de la influencia británica, sino la conjunción histórica de los diferentes argumentos en favor del razonamiento público, de la igualdad y de la tolerancia que en la historia de la India han sido.

Los primeros capítulos muestran cómo la riqueza de la tradición argumentativa ha dado forma al mundo social indio y a la naturaleza de su cultura, contribuyendo a hacer de la heterodoxia el estado natural de las cosas en la India. El análisis de la tradición heterodoxa descubre una legitimación histórica para el uso de la voz que favorece y promueve la participación actual de los grupos más desfavorecidos en las tomas de decisiones y en el fomento de la justicia social. La promoción de la igualdad humana por parte de los movimiento religiosos budista, jainita, Bhakti y sufí, inicialmente rebeldes, la lucha contra las divisiones de casta reflejada en el escepticismo religioso del Bhavisya Purana, los poetas místicos medievales procedentes de medios económicos y sociales humildes, que reflejan un profundo intento por cuestionar las divisiones sociales, y que Sen apunta en su libro, son un claro ejemplo de ello.

La relevancia de los argumentos rescatados de la tradición y su interacción con el presente, tesis clave que justifica la elección de la óptica histórica por parte del autor, más allá de lo pretendido de su victoria o su derrota, se pone de manifiesto en ejemplos como el enfrentamiento del Bagahavad Gita entre la postura consecuencialita de Arjuna y la visión más marcial, basada en el cumplimiento del deber, de Krishna. Los argumentos de Arjuna parecen cobrar relevancia debido a la inseguridad actual que el subcontinente sufre merced a la posibilidad de una confrontación nuclear con Paquistán, a las políticas de seguridad que ambos países siguen, basadas según Sen, en el supuesto erróneo de que la paz de la guerra fría fue fruto del "equilibrio del terror" y no más bien hija inesperada de la fortuna. La sabiduría del Mahabarata frente al pretendido mensaje "unívoco" del Gita[1] y la desolación final tras la gran guerra confirman las dudas de Arjuna, y tienen, para Sen, algo que decir al respecto. La enseñanza argumentativa del poema épico, separada, gracias a la labor de Sen, de su interpretación religiosa tradicional, ofrece no solo una visión más humanizada de la justicia, sino una descripción más real de las consecuencias de la guerra, elementos ambos sumamente eficaces a la hora de generar argumentos que sirvan de respuesta ante semejante situación de conflicto.

Otro de los ejemplos que Sen expone en el libro sobre la actualidad de algunos de los argumentos que aparecen en la tradición india es el Brihadaranyaka Upanisahds. La pregunta motivacional de Maitreyi[2], la esposa de Yajñavalkya, cuando ambos examinan el poder de la riqueza en el contexto de los problemas de la vida humana, parece presagiar las posteriores denuncias de Sen sobre la incapacidad para un análisis correcto de las situaciones de infelicidad, pobreza o desigualdad, de los métodos de evaluación utilitaristas basados en el supuesto del *homo aeconomicus* y en la creencia de la conexión entre libertad y eficacia.

Una de las mayores amenazas que Sen ve cernirse sobre la democracia India y la riqueza de sus argumentos es la eliminación selectiva del pluralismo que fomenta el fanatismo religioso ejemplificado por el movimiento Hindutva. A su propuesta, caracterizada por un empequeñecimiento deliberado de la India, a la que trata de identificar con su particular visión de la religiosidad hindú, eliminando las partes generosas y tolerantes de su pasado, y generando una nueva y beligerante visión de su Historia, el pensador bengalí enfrenta, de un lado, los logros de la investigación de Kshiti Mohan sobre la heterodoxia de las

[1] La curiosidad quiso que el habitualmente calmoso Robert Oppenheimer citara el Gita: "me he convertido en muerte, la destructora de mundos". La pasión occidental por el mensaje moral de Krishna también se refleja en los versos de Eliot: "and do not think of the fruit of action. / Fare forward".

[2] La aparición femenina dentro de los debates ha sido una constante que ha favorecido la eliminación progresiva de la desigualdad de género en la India. Sen destaca a Sarojini Naidu, la primera mujer que presidió el Congreso Nacional Indio en 1925.

creencias que el hinduismo permite y la liberalidad generalizada del enfoque hinduista básico; del otro, una exposición detallada de la tradición escéptica –ya presente en el Ramayana (libro sagrado para los activistas y que el genio de Tagore veía como una maravillosa parábola)– a través de la figura de Javali[3], así como una restauración del valor de la tradición científica del país y la heterogeneidad de su pensamiento. Todo ello para poner de manifiesto el error en el que incurren aquéllos que pretenden miniaturizar la grandeza del país, aquéllos que han olvidado que "una democracia secular que da igual cabida a todos los ciudadanos, prescindiendo de sus antecedentes religiosos, no puede definirse con justicia en términos de la mayoría religiosa del país", que "el estatus de un ciudadano no puede quedar comprometido por la pequeñez del grupo al cual pertenece".

La reivindicación de una lectura plural de la India, de una visión dialógica de su cultura y de su historia frente al acriticismo propuesto por el Hindutva y su nacionalismo endogámico y aislacionista, toman forma en el capítulo dedicado a Tagore y "su India". La sabiduría del poeta bengalí se abre paso con firmeza y claridad en los breves retazos que Sen nos regala de sus ideas. Tagore simboliza la necesidad de una racionalidad apátrida a la hora de valorar la cultura y sus logros[4], la importancia de poder elegir o eliminar diferentes aspectos de la tradición si éstos acaban siendo perjudiciales para el bienestar social; en definitiva, la importancia suprema de entender al ser humano y su libertad como único fin a la hora de aceptar y elaborar ideas[5]. Un ejemplo de ese compromiso es la carta que envió en respuesta a las críticas vertidas sobre su posición por Abala Bose y que Sen refiere: "el patriotismo no puede ser nuestro refugio espiritual definitivo; mi refugio es la humanidad. No compraré vidrio al precio de diamantes y mientras viva nunca permitiré que el patriotismo triunfe sobre la humanidad". Para Tagore, adorar a la patria como a un dios significaba atraerle una maldición. El trabajo de Sen supone la eliminación de la claustrofóbica imagen que el mito había impuesto a la India, el rescate de su latido democrático por medio de la historia; la difusión, con las palabras de Tagore, de la idea de una India que se opone a la "intensa conciencia de la separación de nuestro propio pueblo con respecto a los otros".

---

[3] El sabio Javali, a quien se da considerable cabida en el Ramayana, no solo no trata a Rama como a un dios, sino que califica sus actos de "necios".

[4] Un ejemplo de su postura se evidencia en la polémica respecto del nacionalismo de Ghandi y su *charka*: "la *charka* no exige pensar: uno se limita a hacer girar sin cesar la rueda de esa anticuada invención, con un mínimo de juicio y energía".

[5] La profunda aversión de Tagore a cualquier compromiso con el pasado que la razón contemporánea no pudiera modificar se demuestra en la anécdota con la joven de la escuela de Santiniketan, a la que, tras la enseñanza moral de Ghandi, Tagore escribió en su libreta: "nadie puede ser para siempre prisionero de una cadena de arcilla. Desecha tu promesa si compruebas que es errónea".

La concepción perceptiva de la relación entre las diferentes culturas y la importancia capital de su comunicación, basada en el respeto por la diferencia y el reconocimiento de una gran diversidad interna dentro de cada una de ellas, es la idea, que en conexión con los argumentos expuestos de Tagore, Sen introduce a través de su exposición de la obra cinematográfica de Satyajit Ray. Su apertura crítica y su idea de un mundo dinámico y adaptable permiten a Sen exponer su concepción de la cultura como comunicación a la vez que lo habilita para denunciar la tendencia creciente a ver la cultura en términos sumamente conservadores: de un lado, el deseo de algunos de preservarla de la contaminación occidental u oriental, según el caso; del otro, la tendencia de algunos "simplificadores intelectuales" a fracturar las naciones en algunas comunidades y obviar la heterogeneidad de cualquier sociedad, elemento capital para alcanzar la comprensión intercultural, y que Sen reivindica para alejar de las investigaciones esa pretendida "desarmonía cultural" que acaba generando un clima de confrontación global, o, como algunos prefieren llamarlo, un terrible e irremediable "choque de civilizaciones".

El último grupo de artículos conduce finalmente a una propuesta central que articula la totalidad del libro: la defensa ineludible de la razón y su uso libre y dialógico, esencial para construir la Verdad, que en palabras de Tagore "se realiza por intermedio de los hombres", y una identidad plural fundamental para evitar la violencia comunitaria[6] que surge del reduccionismo.

El análisis de Sen demuestra que la herencia del razonamiento con fines en la armonía social no es exclusiva de Occidente; que el discurso, a favor de la tolerancia y el debate, ha prosperado en todas las culturas aunque de forma asimétrica. Rastrear en la tradición aquellos elementos que conducen a la libertad es el ejercicio básico para acabar conquistando el bienestar y la justicia social; el paso ineludible para elaborar una concepción plural de la identidad, que permita a los individuos, que en última instancia padecen las consecuencias reales de los fanatismos y sus reducidas categorizaciones, razonar y elegir libremente cómo ser indio y en qué medida serlo. La identidad no está marcada por una infranqueable jerarquía, no se determina por los estrechos márgenes de un contexto sociocultural ávido de ser descubierto y asumido como si de un destino inevitable se tratase. Lejos de eso, supone una elección; la victoria última de la razón en la práctica efectiva de la libertad.

La historia, contada y estructurada a través de la sustancia y el peso de las ideas y los argumentos, se convierte de la mano de Amartya Sen y la honestidad

[6] La "inevitabilidad" de la muerte del jornalero musulmán Kader Mia en las revueltas entre hindúes y musulmanes de la década de los cuarenta es un ejemplo del efecto violento de una identidad beligerante aceptada bajo el estrecho margen de la comunidad religiosa, sumada a la extrema pobreza y al reducido itinerario que ésta concede a los que la padecen: la evidencia de que la desigualdad sustancialmente se rige por la clase.

de su propuesta en el espejo donde tanto atribulados indios como desconcertados occidentales deberían buscarse; el libro donde examinar las causas de los errores fatales y las raíces ocultas de las soluciones efectivas, la base donde encontrar las herramientas para una defensa global de la democracia, que para Sen se ha convertido en la "tarea por delante" de aquéllos que creen que la dignidad y la felicidad de los seres humanos pasan por construir y garantizar el desarrollo y el uso firme de la libertad.